

posibles causas del fracaso de muchas escuelas libres, para ofrecer a cambio algunas propuestas originales dirigidas a eliminar la actual dependencia económica de los jóvenes respecto de sus padres, origen de otro tipo de dependencias.

Es realmente una compleja síntesis la que trata de realizar el autor con sus préstamos de Marx y Rousseau, de Ferrer Guardia y Stirner, de Reich, Neill y Freire, de Illich, y Bettelheim. Y algunas de sus propuestas, como la que se refiere a la abolición del actual sistema de enseñanza obligatoria —en lo que sigue a Iván Illich—, junto con la asignación de una cantidad mensual al niño para que éste pueda financiar personal y libremente sus estudios, parece-

rán sin duda a algunos escandalosos o al menos impracticables. Por utópicas que parezcan, sin embargo, sus soluciones —y lo son en el mejor sentido de la palabra—, Joel Spring ha puesto el dedo en la liaga: no hay transformación posible de la escuela sin un cambio radical de la sociedad en que se inserta. Y no habrá cambio radical en la sociedad sin una transformación paralela de su base celular: la familia, tal y como hoy la conocemos. ■ JOAQUIN RABAGO.

## Una orgía metódica

Ahora se estila por parte de los plumíferos de largos sol-



Nélida Piñón.

loquios acerca del ejercicio lúdico que les supone, al parecer, escribir mamotretos de ochocientos folios, y que pretenden, oh ilusos, que a nosotros nos suponga lo mismo. Es ésta una época de confusión de las len-

guas y las tribus, y conviene la precisión: tales ejercicios lúdicos son, lisa y llanamente, lo que antes llamábamos coñazos.

Pero de cuando en cuando surgen obras que dan papirotazos en las napias a esos pedantones, aunque formen legión. Es el caso de "Tebas de mi corazón" (1), de la brasilera Nélida Piñón. Obra de casi quinientas páginas, pero desternillantes todas. Obra que rompe de verdad no pocos anquilosamientos, textuales y también otros más de carne y hueso en nosotros, lectores. Obra ante la que caben dos opciones: o la tomas o la dejas.

Nélida Piñón nos propone un paisaje que viene de los mitos clásicos, pero degradado y engalanado por exuberancias de todo tipo. Desde la primera línea nos mete en otra realidad, y no tiene sentido andar ahora discutiendo cuál es la realidad real, puesto que no es cuestión de elegir, sino que el texto mismo sea elegido ya de antemano por nosotros, y lo único que nos cabe —tantísimo, por cierto— es colaborar en lo que se nos viene encima.

"Tebas..." es absolutamente ambiguo. La ambigüedad es para Nélida Piñón una orgía, pero qué metódica. No hay sucesión temporal clara, no hay relaciones previsibles entre personajes "definidos" con arreglo al concepto habitual de realidad. No hay nada que no sea arbitrario, que no venga del porque sí; y, sin embargo, el engarce, el sutil hilo subterráneo que a cada frase nos lleva a las fauces o al vacío (a la risa, siempre), obedece a traidores designios de la autora.

Pasan muchísimas cosas en la novela, y sería bobo tratar aquí de "explicarla" a base de reducirla, a base de decir, por ejemplo, que hay un universo mítico de dos ciudades, Santísimo y Asunción, enfrentadas en perpetua relación dialéctica de amor y odio, de pasión y miedo, y que en ese universo pululan inconcebibles personajes...

Si nos ponemos serieticos, sin duda puede hablarse, y con rotundidad, de que "Tebas..." pertenece a la pecaminosa estirpe de los "Paradiso"; también el mundo de Macondo tiene algo que ver, pero parece ser que ya Nélida Piñón, narradora en siete ocasiones, fundaba ciuda-

(1) "Tebas de mi corazón", de Nélida Piñón. Traducción de Angel Crespo. Alfaguara. Madrid, 1978.

## ADIOS A LAS LETRAS

### Naranjas

**P**OR Madrid ha pasado, como un torbellino de Manchester, el hombre colgado a la máquina de escribir. Se han enterado pocos, porque él no hace aspavientos, sino que escribe. Los escritores anglosajones no hacen aspavientos en general. Ahí está, por ejemplo, John le Carré, el escritor que surgió del frío del espionaje, y que pasea sus best-sellers por el mundo como si fueran modestas capuchas que le protegen del agua de la pobreza.

Y aquí estuvo, quería decir, Anthony Burgess, un viento de Manchester que en este instante es el autor europeo más prolífico, después de Fernando Savater, mi admirado filósofo flaco. Otro admirado filósofo flaco es Aranguren. Savater, al revés que este último, no es capaz de doblar sus piernas en plan enredadera. Ya lo logrará, porque inventos más difíciles y equinos ha alcanzado a lo largo de su historia.

Burgess se trajo a Madrid, y de esto hace un mes, lo que pasa es que ahora vuelvo del Caribe y me entero; Burgess se trajo a Madrid su Jesucristo. Por fin, este escritor católico logra en España a un traductor castellano, porque hasta ahora, la mayor parte de sus obras se vertían al argentino porteño, que es como el lunfardo elegante y dicho al derecho. La naranja mecánica, la novela por la que más se conoce en el mundo a Burgess, fue traducida, por ejemplo, en una especie de idiolecto incomprensible, que ha paseado, totalmente ilegible, por las mesas de noche de lectores desesperados, frustrados e impotentes.

Jesucristo, que no es la mejor obra de Burgess, viene por fin empapelada en un lenguaje castellano comprensible. Decepción para el lector español, sin embargo, porque el Burgess que debía aparecer no surge.

Surge en Jesucristo el didacta que todo anglosajón lleva dentro. Los católicos británicos están tan acosados por los protestantes que cada vez que pueden —suele ser varias veces

en la vida— escriben una obra en la que hacen profesión de fe. Graham Greene es uno de esos católicos cuya falta de práctica religiosa se compensa con la escritura en honor de las convicciones que profesa. A Burgess le ha ocurrido lo mismo y nos ha contado un episodio de la vida del fundador de la cristiandad del mismo modo didáctico que usó para relatar a los estudiantes de Malasia, donde enseñó, la historia de la literatura británica.

La historia literaria hecha para los malayos fue publicada hace más de una década con seudónimo. Hace pocos años volvió a salir con el nombre de su verdadero autor. Presentada como una reflexión somera de toda la historia de la literatura inglesa, no pretende ser otra cosa que un manual. Anthony Burgess hace lo mismo con la biografía de Jesucristo. En realidad, venía a decir él en el prefacio de su ensayo didáctico, él escribe para comprender. En primer lugar, la historia era para sí mismo. Después, como ocurre con Jesucristo, para que los lectores comprendan con él.

En Jesucristo no surge, pues, el Burgess que juega con las palabras y con las situaciones, como si fuera un Orson Welles del texto literario. Es, en el mundo anglosajón, el equivalente de Guillermo Cabrera Infante, el autor de *Tres tristes tigres*.

Ese Burgess se ha reservado o se ha traducido al lunfardo. Queda, pues, pendiente de conocer esa literatura con olor a naranjas que, en Italia o en Mónaco o en Inglaterra, Anthony Burgess ha ido escribiendo con el mejor humor. Lástima que a este país no llegaran, por ejemplo, sus divertidísimos artículos literario-político-papales, publicados en la prensa italiana cuando fue elegido Jefe de la Iglesia católica el cardenal Albino Luciani, Juan Pablo I. Sir Walter Scott, decía Burgess, era un predecesor caballeresco de aquel Papa. Lo que pasa es que el gran escritor escocés duró muchísimo más. ■ SILVESTRE CODAC.